



MUJERES (CON CORAJE) EN EL MUNDO: MARIELA GRIFFOR

[“Chile no quería a gente como yo, pero yo sí quiero a Chile”](#)

21/06/12

Francia

[Pascale Lora Schyns](#)

[/](#)

Mariela Griffor nació en Chile en el 1961. Originaria de Concepción, en el sur del país, se trasladó a Santiago con el fin de proseguir sus estudios en la capital. La dictadura del general Pinochet modificó los planes de vida de la joven mujer, que quería dedicarse al estudio del idioma español y del periodismo. Como ella, cientos de miles de chilenos abandonaron el país para escapar al régimen del general Pinochet, que solía utilizar la tortura para combatir a sus opositores.

“Chile no quería a gente como yo, pero yo sí quiero a Chile”

21/06/12

Francia

[Pascale Lora Schyns](#)

[/](#)

Mariela Griffor nació en Chile en el 1961. Originaria de Concepción, en el sur del país, se trasladó a Santiago con el fin de proseguir sus estudios en la capital. La dictadura del general Pinochet modificó los planes de vida de la joven mujer, que quería dedicarse al estudio del idioma español y del periodismo. Como ella, cientos de miles de chilenos abandonaron el país para escapar al régimen del general Pinochet, que solía utilizar la tortura para combatir a sus opositores.

Obligada al exilio para salvar su vida, se refugió en Suecia antes de trasladarse, en un segundo tiempo, a Estados Unidos. Madre de dos hijas, se dedica hoy a la escritura y dirige una editorial en las afueras

de Detroit, Michigan. Desde el 2007 ocupa también el cargo de Cónsul honorario de Chile en



Michigan.

« Entré a militar abiertamente cuando tenía solo 15 años», explica Mariela Griffor. “Crecí con mi abuelo, quien me transmitió la conciencia política enorme que él tenía. No era hombre de muchas palabras, no me adoctrinó enseñándome las normas de la vida política; más bien lo hizo con su ejemplo.”

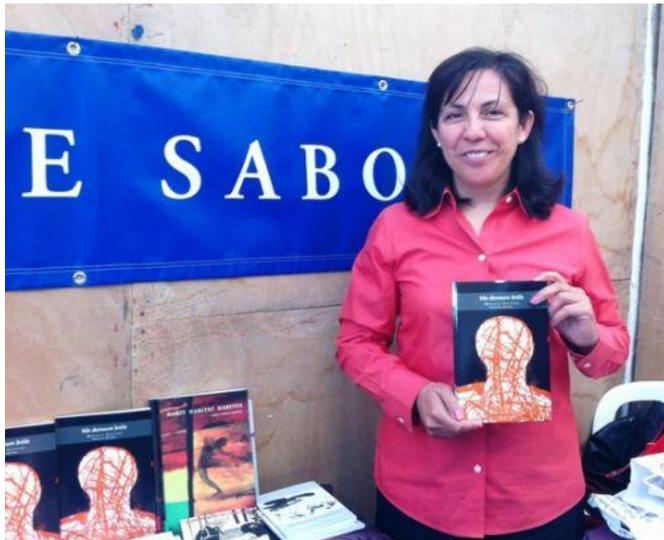
“En el 1979, con 19 años, me trasladé a Santiago para estudiar en la Universidad Técnica del Estado. La situación con cual me encontré era inadmisibles desde mi punto de vista. Hasta 1973, Chile había tenido una tradición democrática muy larga. Tras el golpe militar, las universidades se cerraron al proceso democrático. Me involucré en seguida en los movimientos estudiantiles, que luchaban para protestar contra la privación de libertad de opinión y contra el importe de la matrícula de estudio, que era muy alto. Entré en una fracción que se llamaba Frente Cero. Agrupaba a los estudiantes más radicales. Por primera vez en Chile, no fueron los trabajadores o los sindicatos los que más estaban en la calle, en la oposición activa, sino más bien nosotros, los estudiantes. En el 1983, se creó el Frente Patriótico, la fracción armada del partido comunista, que extendió sus brazos a todos los partidos de oposición y reclutó a gente de todos los partidos y grupos de la oposición. Allí militaba mi novio, Julio Santibáñez”.

Luchar era una evidencia

En una situación tan difícil y tan peligrosa para los oponentes al régimen de Pinochet, uno puede pensar que una jovencita no sólo necesitaba tener mucha fuerza interior y mucho valor, sino también algo de inconsciencia para poner su vida en peligro en cada instante. Sin embargo, los avatares de la vida cambian los puntos de vista.

“Luchar era una evidencia”, dice Mariela. “Vivir en un país antes tan politizado, donde todo el mundo solía decir alto y claro lo que pensaba, y de repente sin libertad de expresión, era desde mi punto de vista intolerable. Había muchísima represión y a la vez había también mucha ‘delicadeza’ en no dejar huellas de esa misma represión. En mi clase muchos compañeros y compañeras habían perdido a un familiar. No podía quedarme con los brazos cruzados ante el dolor constante de todas esas familias, ante la negación absoluta de una parte de la población de que pasaba algo anormal en nuestro país. El problema es que el gobierno militar se recibió muy bien en algunos grupos porque el Chile del 1973 era percibido como un Chile muy caótico en términos políticos y económicos. Pensaron que Pinochet iba a solucionar todos los problemas. No fue así y muy pronto todos los oponentes al régimen empezaron a ‘desaparecer’.”

Empezó entonces para Mariela una lucha constante, un trabajo cotidiano para combatir a la dictadura militar, con la esperanza de que algún día, su país volviera a ver la luz. La luz del derecho a la palabra. La luz que rechaza el miedo. La luz que solo la democracia puede llevar con ella.



“Nosotros, los estudiantes en la oposición, hacíamos un poco de todo. Se trataba por ejemplo de escribir y redactar los panfletos. Ese trabajo me tocaba a menudo. De repente me decían que se iban a necesitar 300 o 400 panfletos. Pasaba noches enteras preparándolos, porque no tenía otro recurso que los estencils a mano que no permitían hacer más de 4 panfletos a la vez. Había que pasar la tinta, recortar las páginas. Una vez terminado el trabajo, era necesario hacer desaparecer todo el material. Solíamos prepararlos en lugares públicos, como las iglesias. Sin embargo, más de una vez, ante la emergencia, había que arriesgarse a hacerlo en casa. Organizábamos también reuniones así como los llamados ‘mítines relámpagos’ en el medio de la calle. No podían durar más de 5 minutos. Luego teníamos que desaparecer y llegaba otro grupo que distribuía toda la propaganda. No descansábamos nunca, porque para nosotros era impensable la idea de que soldados fueron a controlar nuestra vida desde el principio a fin.”

Un vuelco en su vida

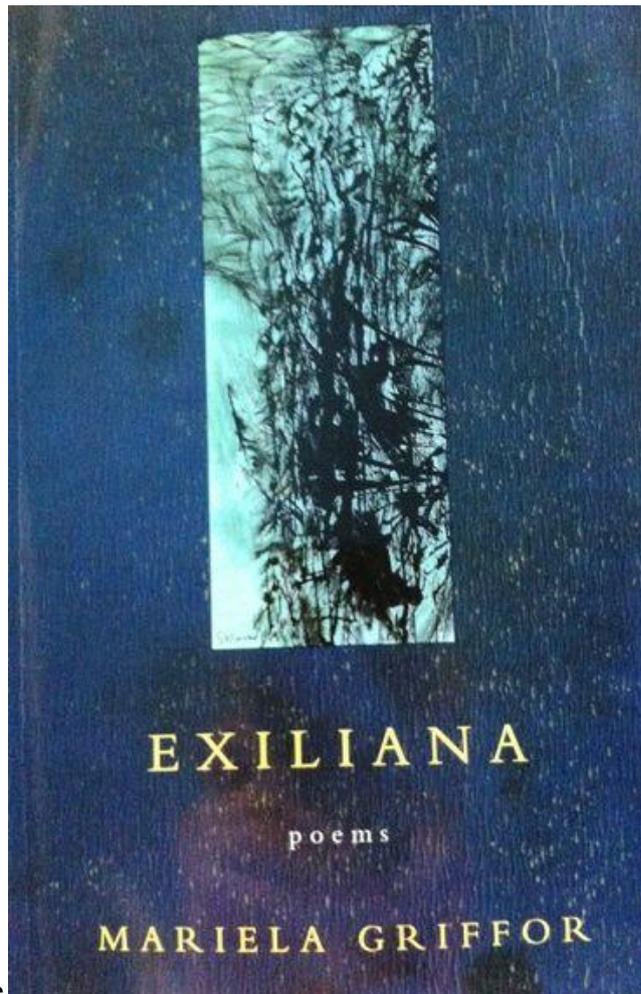
En el 1985, la vida de Mariela Griffor dio un vuelco. Una noche, poco tiempo antes de casarse, su novio no regresó a casa. Lo habían matado. Embarazada de su primera hija, Javiera, Mariela no tuvo otra opción que la de dejar el país y refugiarse en Europa.

“Milité hasta el último momento”, comenta Mariela. “A pesar de todo, traté de quedarme en mi país porque no estaba emocionalmente preparada para dejar a Chile. Sin embargo, cuando murió Julio, me avisaron de que no podía quedarme. Alguien que estaba detenido acababa de mencionar mi nombre. Era una época muy confusa, porque arrestaban todos los días a muchas personas, sobre todo estudiantes. Uno nunca sabía la pena que iba a recibir. Todo se decidió en pocas horas. Había solamente dos países en Europa que eran muy abiertos y solidarios con los problemas de Latinoamérica y que tenían una cuota de refugiados políticos que podían entrar inmediatamente: Francia y Suecia. Mi caso era una emergencia porque no podía quedarme siquiera un día más en mi país. La embajada de Suecia me dio de inmediato una visa permanente y me marché el mismo día, sin darme cuenta de que mi vida nunca más iba a ser la misma.”

En su poemario *Exiliana*, publicado en la editorial canadiense Luna, Mariela transmite las dificultades que lleva consigo el exilio. Un campo de refugiado no es un hotel y menos todavía un balneario. Västerås, Hallstahammar, era un sitio oscuro, pequeño, lleno de gente que llegaba de todos los países del mundo con su propia tragedia.

“Sólo me quedé un par de semanas en el campo”, se acuerda Mariela. “Por estar embarazada y muy enferma, me trasladaron al hospital de Uppsala. De repente revisé todo lo que había pasado las últimas semanas y empecé a quebrarme. Se suponía que me iba por un año, que todo se iba a arreglar en Chile y que después de dar a luz iba a volver a mi país. Eso no pasó. La situación empeoró cada vez más. El 5 de octubre de 1988, los chilenos decidieron mediante el ‘Plebiscito’ que el gobierno militar tenía que irse y por fin las cosas cambiaron. Mientras tanto había empezado a trabajar como profesora y había encontrado a Edward, mi marido y padre de mi segunda hija, Elena. Edward es norteamericano y en la época era profesor en la universidad de Uppsala. En el 1991 nos fuimos a Chile a ver cómo estaba

realmente la situación. Decidimos volver a Suecia y reflexionar el tiempo necesario antes de tomar una decisión que podía darle un nuevo vuelco a nuestra vida.”



Regreso a Chile

No fue hasta el 1997 cuando la familia decidió trasladarse a Chile, el país que tanto extrañaba Mariela.

“A pesar del choque cultural que Suecia significa para un chileno, no era difícil adaptarse porque la acogida por parte del pueblo sueco fue total. La ayuda que el gobierno proporcionaba entonces a los refugiados era enorme y encontrar un trabajo tampoco resultaba complicado. Yo quiero mucho a los suecos; el corazón se me inflama cuando pienso en ellos y en todo lo que hicieron por mí. Sin embargo, no era mi país, mi cultura. Yo no quería hablar sueco con mis hijas. Quería hablar español. Un día mis hijas me preguntaron porque nunca íbamos a visitar a los abuelos, a las tías, como lo hacían sus amigas. Esa fue la señal. Había llegado la hora de regresar a Chile. Sin embargo, sólo nos quedamos diez meses en mi país natal. La situación económica era muy difícil, casi imposible. Era mi país pero Edward no pudo adaptarse y la verdad que no tenía mucho interés en quedarse en Chile. Nos fuimos para Estados Unidos y nos instalamos en Grosse Point, en las afueras de Detroit, Michigan. Esa ida fue mucho más difícil que la primera.”

Hoy, Mariela Griffor ha hecho su camino en el difícil y exigente mundo literario norteamericano. Escritora, exitosa directora de la editorial Merrick Press, es también la cofundadora del *Institute for Creative Writers* (Instituto de escritura creativa) de la Wayne State University. Sin embargo, tener que empezar otra vez su vida no fue tarea fácil para Mariela.

“Solo tenía dos opciones después de dejar mi país por segunda vez, llevándome un gran dolor en el corazón: dejar que se muera mi espíritu o decidir plantar por fin mis raíces y volver a nacer. Por ser una persona optimista, una persona que quiere vivir por la alegría, me lancé en la realización de todos

los proyectos que todavía tenía en el aire, empezando por los literarios. Tengo cosas importantes que decir y es lo que voy a hacer los años que vienen.”

Mariela Griffor no puede contener la emoción cuando afirma “Nunca perdí el contacto con Chile y en el 2007 cuando el embajador de Chile en Estados Unidos me propuso el cargo de Cónsul Honorario en Michigan, acepté la propuesta. Servir bajo la presidencia de Michèle Bachelet fue un honor inmenso. Mi función va mucho más allá del trabajo burocrático; lo considero como algo más grande, un servicio a disposición de todos los chilenos en el mundo, independientemente de sus ideas políticas. Chile no me quería, no quería a la gente como yo, sin embargo yo sí, que quiero a Chile.”